

su inspiración propia; beber en las fuentes más conformes con sus naturales tendencias; aspirar, en suma, á una individualidad más ó menos definida según la fuerza y vigor de su numen. Así, decir podemos que todas las escuelas literarias, todas las ideas religiosas y políticas, todas las doctrinas filosóficas han tenido sus representantes en la poesía mexicana. Considerada ésta en el conjunto de su desarrollo, no es difícil distinguir dos grandes grupos: el que ha seguido de cerca las huellas de los clásicos españoles, respetando escrupulosamente la forma y el lenguaje, y teniendo siempre á la vista los modelos bíblicos y greco-latinos, y el que, obedeciendo á inspiración más espontánea, ha echado por los senderos que al espíritu humano han abierto las literaturas modernas, especialmente la francesa, influída por los genios poderosos de Shakspeare, de Byron y de Goethe. El uno ha conservado el tono tranquilo, la corrección atildada, la pulcritud retórica que parece huir el contacto de las realidades ordinarias: el otro, estremeciéndose con las agitaciones del día; prestando oído á los rumores que produce el movimiento de los pueblos; constituyéndose en intérprete de los odios y de las esperanzas sociales, ha tomado todas las formas, que considera buenas siempre que traduzcan el ideal con que sueña. En el primero han ido á refugiarse como en templo gótico las antiguas creencias, á cuya luz se ha buscado el sentido de la misma historia; mientras que el segundo, accesible á todos los vientos de la contradicción, ha aquilatado su sensibilidad saludando con regocijo los albores de un porvenir fantástico, ó falto de aliento al

percibir la sombra de la duda, se ha abandonado en brazos de un desesperante pesimismo.

La rápida transformación verificada en nuestra sociedad y la serie de acontecimientos que la vinieron preparando, así como el espíritu eminentemente innovador del presente siglo, explican los diversos aspectos de la poesía mexicana que acabamos de bosquejar. Los literatos nacidos y formados bajo el régimen virreinal, que vivían al consumarse la independencia, llevaban en su alma las profundas impresiones que dejaron los once años de guerra que precedieron á aquel acontecimiento, sin que pueda desconocerse la influencia que en su carácter habían ejercido las teorías filosóficas de la pasada centuria. La musa patriótica, vivamente excitada al ver que México figuraba por fin entre las naciones soberanas, inspiró cantos entusiastas á la libertad, palabra que sintetizaba todos los bienes que un pueblo es capaz de obtener, y que se creían definitivamente conquistados. Las discordias civiles hicieron sentir pronto que aquellos bienes estaban todavía lejos, y la reacción producida por tal desencanto halló expresión adecuada en el romanticismo que extendía á la sazón su influencia por todo el orbe literario. Las desgracias políticas que sobrevinieron, la anarquía desencadenada y la desmoralización consiguiente dieron pábulo á una poesía enfermiza, que bajo la forma generalmente subjetiva expresaba sufrimientos individuales y cuya causa real era el desequilibrio producido por la pugna de opuestos intereses y tendencias que luchaban por sobreponerse. Hubo empero un momento en que el fuego revolucionario

comprimido por las exageraciones del principio autoritario, estalló con nueva fuerza, y hubo entonces un despertamiento de ideas y aspiraciones que hicieron resonar la lira de los poetas con acentos marciales, con saludos entusiastas al porvenir que se divisaba á través del fragor de los combates. Consumada por último la revolución tras el período aciago de la intervención extranjera; calmadas las pasiones bajo la benéfica influencia de una paz tanto tiempo deseada, la inspiración poética ha encontrado un campo indefinido que recorrer, con menos arrebatos si se quiere, pero con intención más reflexiva y más profunda. A las hipérboles del romanticismo han sucedido sentimientos que más se acercan á la realidad, y que expresan mejor las dudas, las vacilaciones, las incertidumbres morales que caracterizan el fin del presente siglo, sin que hayan dejado á veces de trascender en la atmósfera literaria las radicales denegaciones del filosofismo positivista.

Réstanos ahora mencionar los principales poetas que se han distinguido en la variada evolución que dejamos trazada. Genuinos representantes de la poesía patriótica á raíz de la independencia fueron Sánchez de Tagle, Ortega y Quintana Roo, cuyas composiciones, especialmente las del último, revelan el estro levantado de su varonil inspiración. Lugar distinguido ocupa en nuestra historia literaria el ilustre poeta cubano D. José María Heredia, que enriqueció el parnaso mexicano con las más bellas de sus producciones. En la escuela romántica aparecen D. Ignacio Rodríguez Galván y D. Fernando Calderón, si bien de ín-

dole muy distinta, debido tal vez á la diferencia de sus respectivas posiciones sociales. Ambos ensayaron con buen éxito en nuestro teatro las atrevidas innovaciones dramáticas introducidas por dicha escuela, formando contraste con ellos D. Manuel Eduardo Gorostiza, cuyas comedias son un modelo de corrección y buen gusto. D. Juan Valle fué el cantor más enérgico de la revolución reformista, siendo dignas de notarse la exactitud y originalidad de sus descripciones, no obstante haber perdido la vista desde los primeros años de su vida. D. Ignacio Ramírez y el joven D. Manuel Acuña se distinguen por el carácter materialista de sus producciones: la muerte voluntaria del segundo ha sido considerada como una gran pérdida para las letras mexicanas, pues mucho había que aguardar de su preclara inteligencia. En el grupo que llamaremos tradicionalista figuran dignamente D. José Joaquín Pesado, D. Manuel Carpio, D. Alejandro Arango y Escandón, que se remonta á las serenas y luminosas regiones de Fr. Luis de León, y D. Francisco de P. Guzmán, que por el suave misticismo de su poesía recuerda el alma apasionada de San Juan de la Cruz.

Por caracteres especiales debemos todavía citar á los autores siguientes: D. José Rosas Moreno, notable por la fluidez y ternura de sus versos, que dejó varias obras dedicadas á la instrucción y educación de la niñez, dando así nobilísimo empleo á su privilegiado talento. D^a Isabel Prieto de Landázuri, poetisa de elevado ingenio que puede calificarse de la cantora por excelencia del amor maternal, de los misteriosos y tranquilos placeres del hogar doméstico. D. Manuel

Flores, inspiradísimo poeta erótico, y D. Manuel Peredo, notable por la gracia y el donaire de su musa juguetona.

Muchos son los poetas que viven aún y cuyas producciones son joyas valiosas con que diariamente se enriquece nuestra literatura. Faltándonos espacio para nombrar á todos ellos, nos limitaremos á algunas indicaciones necesarias para completar el cuadro de la presente Reseña. Citaremos en primer lugar al decano y más popular de los poetas mexicanos, D. Guillermo Prieto, que á una edad avanzada conserva la fecundidad y lozanía de su juventud. *El Romancero nacional* y *La musa callejera* son las obras que mejor caracterizan el genio de este escritor: en la primera se celebran los episodios más gloriosos de la guerra de independencia, y la segunda es una serie de cuadros copiados del natural, reproducción exacta y animada de los hábitos, tendencias, cualidades buenas y malas que forman la idiosincrasia de nuestro pueblo. D. Casimiro del Collado, de origen español, que ha pasado la mayor parte de su vida en México, en donde se dió á conocer desde hace muchos años por sus poesías, que han alcanzado el aplauso de críticos tan eminentes como D. Marcelino Menéndez Pelayo. D. Ignacio M. Altamirano, que aunque ha figurado más como orador y como crítico y polemista, ha escrito buen número de composiciones que le colocan entre nuestros mejores poetas líricos. D. José María Roa Bárcena, que ha sabido unir á las buenas tradiciones literarias el arranque y la espontaneidad de una inspiración vigorosa. D. Vicente Riva Palacio, que con

flexibilidad extraordinaria y feliz éxito ha cultivado todos los géneros, desde el lírico hasta el dramático, desde el epigrama hasta la elegía y la leyenda. D. Ignacio Montes de Oca, distinguidísimo literato, que ha conquistado justo renombre con sus traducciones en verso castellano de los bucólicos griegos y de las odas de Píndaro. D. Luis Gonzaga Ortiz, que en el género amatorio ha adquirido envidiable reputación. D. Joaquín Arcadio Pagaza, que por el conocimiento profundo del idioma, por la belleza artística de sus versos, ha conseguido presentar la musa clásica con sus naturales atavíos sin caer en el pedantismo, de que difícilmente escapan los poetas eruditos. D. José Peón y Contreras, que ha obtenido en la escena merecidos y calurosos triunfos, y á quien su patria, Mérida de Yucatán, ha consagrado un teatro. D. Justo Sierra, que se ha distinguido especialmente por la lozanía y brillantez de su imaginación. D. Juan de Dios Peza, de fecunda fantasía, que ha logrado expresar con varonil ternura el amor paternal, y ha dado á luz varios monólogos llenos de interés y de originalidad. D. Porfirio Parra, cuya oda á las Matemáticas es por sí sola un título de gloria literaria. Con llave de oro cerraremos esta larga aunque incompleta lista, mencionando á la Sra. D^a Esther Tapia de Castellanos, la dulce y delicada poetisa, para quien, como lo hemos dicho otra vez, es tan fácil hacer una buena obra como escribir un buen verso.

A los autores mencionados, que representan la edad madura de la actual generación, debemos agregar algunos nombres de esa juventud inteligente que viene

á infundir nueva vida en las letras patrias con el calor y el entusiasmo que rebosan de su alma. Esta circunstancia dificulta precisar su respectivo carácter, que sólo puede llegar á fijarse tras una larga evolución de ideas y sentimientos, fruto de la experiencia y del tiempo. Nadie puede desconocer, sin embargo, la nerviosa valentía de D. Salvador Díaz Mirón; la originalidad descriptiva de D. Manuel José Othón; la profunda sensibilidad de D. Luis G. Urbina; la elegante vaguedad de D. Manuel Gutiérrez Nájera; la filosófica melancolía de D. Antonio Zaragoza; la correcta y apasionada inspiración de D. Adalberto Esteva; las bien dirigidas tendencias clásicas de D. Enrique Fernández Granados; la soñadora fantasía de D. José Bustillos; la fresca y galana imaginación de D. Manuel M. González; y en fin, las dotes privilegiadas de otros muchos jóvenes, que inspirándose en la historia, en la naturaleza, en las realidades física y moral del medio en que vivimos, han iniciado un movimiento que promete ser de fecundas y favorables consecuencias para las letras mexicanas.

Lo expuesto es suficiente para tener un concepto general del origen y desenvolvimiento de la poesía en nuestro país, y podemos ya tocar una cuestión que no carece de interés, y con la cual daremos fin al presente trabajo, emitiendo nuestro juicio sin detenernos en examinar las opiniones que sobre ella se han formado. La cuestión es la siguiente: ¿Existe en México una literatura nacional? Debemos advertir, ante todo, que en lo que vamos á decir nos colocamos en el punto restringido de la poesía, que constituye el tema de

nuestro estudio. Ahora bien, para proceder con el debido orden, menester es fijar el sentido de la palabra *nacional*; porque si se la hace sinónima de *original*, es evidente que tendremos que llegar á una solución negativa.

En efecto, una literatura, especialmente en lo que concierne á la poesía, que es el producto más natural y espontáneo de la vida psicológica de un pueblo, excluye todo pensamiento preconcebido, todo plan teórico anticipado que determinen su espíritu y su carácter, pues de lo contrario no sería el reflejo vivo de la sociedad en que aparece. De aquí se sigue que la poesía, sin perder la índole de espontaneidad que la caracteriza, y precisamente por esta razón, llevará un sello de extranjerismo siempre que la sociedad, cuyos sentimientos expresa, no corresponda al desarrollo normal y progresivo de su vida autóctona. Ahora, que la Colonia fundada por la conquista, y á la cual quedaron subordinados los pobladores aborígenes, se compuso de elementos que nada tenían de común con estos últimos, y que contenía los gérmenes de una civilización impuesta y peregrina, es un hecho histórico de verdad palmaria. La lengua, la religión, las costumbres, todo difería radicalmente del orden de cosas antes existente; y cuando las creencias, los sentimientos, las aspiraciones individuales y comunes obedecían al impulso poderoso que de fuera les venía, su expresión correspondiente no pudo ser otra que la que fué, es decir, esencialmente española en su espíritu y en su letra.

Verdad es que los poetas, como lo hemos indicado ya, cediendo á influencias locales, de que les era imposible

substraerse, comenzaron por alterar el habla castellana con la introducción de neologismos tomados de las lenguas indígenas; pero estas modificaciones no fueron tantas ni tan profundas, que imprimiesen fisonomía propia en las producciones mexicanas, dándoles, por consiguiente, verdadero carácter de originalidad. En el largo período colonial, México, estrechamente ligado con España, aislado del resto del mundo, siguió de cerca las diversas fases del movimiento literario de la metrópoli; y si bien el círculo de su actividad intelectual se ensanchó inmensamente después de la independencia, fácil es ver que los rasgos esenciales se han mantenido, y que nuestra literatura continúa obedeciendo á los cánones que la formularon en el siglo XVI. Laudables han sido, sin duda, los esfuerzos para despojar nuestro lenguaje poético de todas aquellas alusiones y figuras convencionales, adornos pegadizos que nada decían á la imaginación y que eran efecto del servilismo con que se andaba sobre las huellas de los modelos peninsulares. Nuestra naturaleza es bastante rica; nuestra historia abunda en brillantes episodios; nuestra sociedad ofrece hábitos, problemas y tipos dignos de ser estudiados: todo ello compone un venero inagotable de inspiración para el poeta y para el artista. Así se ha comprendido, como puede adivinarse por el movimiento iniciado hace algún tiempo; pero esa evolución importante, sobre la cual se pueden fundar las más lisonjeras esperanzas, no logrará borrar el sello genuino de nuestra literatura, que seguirá siendo hispanoamericana, es decir, derivación legítima de la que trajeron los fundadores de esta sociedad de que formamos

parte, y con cuya conservación se identifica de tal manera, que su pérdida acarrearía la ruina de la nacionalidad mexicana.

No tenemos, pues, una poesía original en la acepción estricta de la palabra; pero la cuestión de nacionalidad debe considerarse desde un punto de vista más elevado. No es la comunidad de raza, de civilización, de costumbres y de lengua lo que confunde de tal suerte á los pueblos que acabe por identificarlos en una personalidad indivisible, sobre todo, cuando entre ellos median circunstancias que los diferencian naturalmente. Si México, lo mismo que las demás posesiones de España en América, llegó á constituir un estado independiente, fué en tanto que poseía las condiciones necesarias para realizar empresa de tal magnitud; es decir, que el hecho no fué más que la manifestación concreta de necesidades fatales é ineludibles. Podemos, pues, establecer esta verdad enteramente clara y sencilla: México, sin desconocer la noble procedencia de su civilización, representa una nacionalidad perfecta, en cuanto que vive de su propia vida social y política. Siendo esto así, no es ya difícil fijar la verdadera connotación de la palabra *nacional*, en la cual se envuelven y subordinan los elementos étnicos y morales que informan á la sociedad presente, puesto que todo lo que pertenece á México es nacional, es mexicano, y por consiguiente, la poesía, nacida y desarrollada en su seno, puede y debe llevar aquella denominación. Nada tiene que ver aquí la cuestión de origen; á nadie ha ocurrido, por ejemplo, negar el carácter de nacionales á los ferrocarriles que en un país se construyen, sólo porque allí no tuvo su cuna ese maravilloso

invento; lo mismo puede decirse de toda idea ó institución que en el orden físico ó moral toma de otros un pueblo para su utilidad ó provecho. Y en esto no hay equívoco ni impropiedad, porque sea cual fuere la fuente de donde se deriva la institución ó la idea, el solo esfuerzo que para asimilárselas emplea una sociedad, basta para imprimirles el sello que llevan los productos de su propia energía.

La literatura, la poesía especialmente, constituyen una de las grandes manifestaciones de las necesidades intelectuales y estéticas de las agrupaciones humanas. Si esas manifestaciones se verifican por medio de un instrumento prestado, llamémosle así, como la lengua perteneciente á otro pueblo, tal circunstancia en nada disminuye lo genuino de la necesidad expresada, porque ésta es en sí misma independiente de la forma que reviste. Desde su primera aparición en el siglo XVI, nuestra poesía, no obstante los límites que la circunscribían, y tal vez por esos mismos límites, expresó con fidelidad el espíritu del medio ambiente en que vió la luz, pudiendo decirse que su estudio es el mejor camino para penetrar en los secretos de la vida moral de la Colonia, destinada á ser una de las principales nacionalidades del Nuevo Mundo. Por dependiente que en lo político estuviese del gobierno español; por estrechamente ligada en costumbres, creencias y lenguaje con lo que se llamó la madre patria, la Colonia, como todo organismo viviente, tuvo una existencia individual, é individuales tuvieron que ser sus diversos modos de existencia. Creyente hasta los candores de la superstición; sumisa hasta los alambicamientos de la lisonja;

ligera á veces hasta descender á la puerilidad, nuestra poesía atravesó los siglos coloniales con las modificaciones de forma y de fondo consiguientes al desenvolvimiento social. Sucesos extraordinarios vinieron á cambiar profundamente la situación de estos pueblos, que libres de toda tutela, se sintieron dueños de sus propios destinos. El conflicto de hábitos antiguos y aspiraciones nuevas, de intereses arraigados y ambiciones trascendentales, produjo ese estado de desquiciamiento que se llama revolución, y entonces la poesía, intérprete de dolores y esperanzas, de ilusiones y desengaños, de dudas y de cóleras, ha seguido el impulso vertiginoso de nuestra época, más que ninguna otra inquieta y agitada. Así, pues, si en nuestro país no han faltado nunca voces que revelen é inflamen las misteriosas vibraciones del sentimiento, en armonía con las tendencias generales, decirse puede que poseemos una poesía propia, una historia literaria nacional, pobre si se quiere, pero harto comprensiva para el filósofo, á cuyos ojos no hay fenómeno social indiferente ni evolución insignificante en la marcha providencial del progreso humano.

México, Diciembre de 1891.

J. M. Vigil.